

La meta-ciudad

Pedro Ignacio Alonso

Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile

palonsoz@uc.cl

Este artículo fue publicado originalmente en inglés en revista *Electra* no. 18 (2018)

<https://doi.org/10.7764/AA.2024.21>

Resumen

El texto discute y cuestiona la validez de la dicotomía campo-ciudad —aún prevaleciente en el discurso arquitectónico— y los dilemas conceptuales que plantea en un momento en que el mundo se ha contraído a través de la velocidad de las telecomunicaciones, las redes satelitales, la hiperconectividad virtual del internet y los medios ultrarrápidos de transporte aéreo. Refutando el esquematismo de esta dicotomía, el artículo revisa la emergencia de una única área metropolitana global que incorpora, en su interior, lo que usualmente consideramos como lo no-urbano.

Palabras clave: aceleración, ecología gris, campo-ciudad, contaminación.

La Tierra no es lo que solía ser, nos dicen'. Y esto no es falso si consideramos las abrumadoras transformaciones provocadas por el calentamiento global y la crisis ambiental inducida por los muchos niveles de contaminación de la tierra, el agua y el aire. Entre ellos también se incluye el impacto ecológico de la contaminación lumínica nocturna de las ciudades, que desdibuja cualquier posibilidad de observar las estrellas desde las zonas urbanas y su entorno a su paso.

Sin embargo, junto a la contaminación de las sustancias que ensucian el medioambiente, el filósofo, teórico cultural y urbanista francés, Paul Virilio (1997, 58), sugirió que, seguramente, "también deberíamos ser capaces de detectar la contaminación repentina de distancias y períodos de tiempo que está degradando el medio ambiente como extensión de nuestro hábitat". Se refiere a la velocidad y a la forma en que las telecomunicaciones y los medios de transporte ultrarrápidos han transformado radicalmente las relaciones anteriores entre el tiempo y el espacio a escala planetaria. Propone que este problema es, de hecho, diferente de lo que los ecologistas siempre han insistido. Un problema, ciertamente, que pasa desapercibido para los informes del IPCC sobre calentamiento global.

Antes de las afirmaciones de Virilio, este tipo de argumentos ya habían sido descritos a principios de la década de 1970 por el artista y sociólogo británico John McHale (1970, 2), quien en su libro *El contexto ecológico* propuso que "nuestro mundo se ha vuelto de repente bastante pequeño". En apoyo de esta observación, publicó un diagrama del Estudio del Centro Internacional de Desarrollo Industrial de la Universidad de Stanford, sobre la "reducción del tamaño nuestro planeta por el aumento de las velocidades de viaje y comunicación del hombre en todo el mundo" (International Industrial Development Center Study, Stanford Research Institute 1961).

Sin embargo, lo nuevo en la afirmación de Virilio es el hecho de que tal contracción global se considera el resultado de un tipo de contaminación (la velocidad) que él vincula a la erupción de lo que llama la "ciudad-mundo", "totalmente dependiente de las telecomunicaciones" (Virilio 1997, 59). Y propone un nuevo tipo de ecología, una ecología gris, que debería concebirse para describir y comprender una situación que no sólo tiene que ver con la contaminación del aire, el agua, la luz o el ruido, sino ante todo con "el fin de la oposición campo-ciudad" (Virilio 1997, 60). La aceleración del cambio tecnológico y la destrucción del espacio marcan, según Virilio, el fin de dicotomías bastante simplistas entre la ciudad y el campo, o entre lo rural y lo urbano. Pensando en el mismo sentido, John McHale (1970, 8) había afirmado anteriormente que "ya no es posible una división entre fábrica y granja o, en este sentido, ciudad y campo".

Paradójicamente tal vez, dicotomías tan simplistas siguen siendo el caso, al menos si consideramos el tema de la exhibición *Countryside: The Future*, de Rem Koolhaas y AMO en el Museo Guggenheim de Nueva York (2020), donde el argumento principal del proyecto curatorial surge de hacer explícita esta oposición, aportando números que reforzarían la división entre lo urbano y lo no urbano. El campo, afirman, es el 98% de la superficie terrestre que no está ocupada por ciudades, incluidos los territorios rurales, remotos y salvajes. En este contexto, los argumentos propuestos por McHale y Virilio revelarían una controversia en curso, todavía no resuelta.

Pero los números, así como los conceptos, pueden ser elusivos. Varios relatos alternativos sobre la distinción entre ciudad y campo indicarían que el 3% de la tierra es urbana (Liu et al. 2014), mientras que el 38% es agrícola (FAO 2020). Y extenderían su evaluación al decir que Groenlandia, la Antártida, los glaciares y los casquetes polares, en conjunto, corresponderían al 10% de la Tierra, con un 49% restante que pertenecería a otros ambientes salvajes como selvas, desiertos y montañas. Estos porcentajes, sin embargo, al considerar únicamente los continentes, excluyen los mares. Si en el análisis total incluimos el 70,8% del planeta Tierra que corresponde a los océanos, las cifras cambian a sólo el 0,9% de áreas urbanas y el 11,1% de tierras agrícolas; con un 2,9% para la Antártida, Groenlandia, los glaciares y los casquetes polares; y con un 14,3% restante que pertenecen a otros medios salvajes como selvas, desiertos, montañas, etc.

Incluir los océanos en estos cálculos parece relevante ya que también están sujetos a la contaminación y la velocidad humana. O lo que es lo mismo, a la contaminación de la velocidad humana. La alusión de Virilio a los límites borrosos de tales relaciones entrelazadas, proviene de una evaluación del tamaño de la Tierra al introducir el tiempo como factor fundamental. De manera bastante conmovedora, se refiere a esto como las 'armas de comunicación masiva' que nos llevan a una "tercera era de guerra y una nueva etapa de la ciudad, o más exactamente de la meta-ciudad postindustrial [...]". En efecto, siguiendo el argumento de Virilio, la oposición simplista entre la ciudad y el campo ha sido desde hace mucho tiempo reemplazada por una ciudad-mundo que es el resultado de una nueva relación con los lugares y las distancias temporales "creada por la velocidad absoluta de la radiación electromagnética" (Virilio 1997, 60).

Así, una ecología gris, preocupada por la biosfera y su tasa acelerada de degradación, anula las distinciones entre lo urbano y lo no urbano (una discrepancia que se vuelve irrelevante desde el punto de vista de la contaminación de los ecosistemas). Es bien sabido que la gran mayoría de los ecosistemas de nuestro planeta se encuentran en diversos grados de degradación como resultado de la acción directa e indirecta del hombre. Parte de esta degradación se verifica "en modifica-

ciones sustanciales en la composición, estructura y funcionamiento de los ecosistemas, vinculadas a problemas como la extinción local y global de especies y la alteración de los ciclos bioquímicos como consecuencia de un cambio global en el medio ambiente" (Marquet et al. 1998, 594). Desde el punto de vista de la ecología, de repente, las funciones normales de los límites urbanos ya no importan. McHale (1970, 20) insistiría en decir que "la contaminación del aire, el agua y el suelo no son locales: el aire no está restringido dentro de los límites municipales o nacionales, ni tampoco las aguas". Si miramos esta nueva combinación de espacio y tiempo, el 99,1% simplemente no está lo suficientemente lejos como para ser considerado remoto o salvaje. La idea de distancia ha comenzado a afectar nuestra conciencia. Desafiado por las actividades humanas, ese 99,1% ya está contaminado y pertenece a la meta-ciudad del mundo. El encogimiento del planeta por medio de la velocidad y las telecomunicaciones es, de hecho, la virtual desaparición de cualquier distancia. De repente, Nueva York y Londres, Shanghai y Los Ángeles, pasan a pertenecer a la misma conurbación virtual sin una extensión real de por medio. La velocidad parece haber logrado finalmente la Ciudad Desnuda de Guy Debord a escala planetaria, una dimensión verdaderamente psicogeográfica que elimina del cuadro todo lo que es suprimido por los efectos de un entorno geográfico que está ahora organizado por nuestra velocidad y niveles de percepción.

Inesperadamente, tal como se teorizó en los primeros años de la Unión Soviética, todo esto viene, de alguna manera, a resolver una de las expectativas más queridas por los regímenes socialistas en relación con la dicotomía entre ciudad y campo. Como señaló Richard Stites (1989, 193), "los socialistas glorificaban la ciudad y sus capacidades productivas, pero lamentaban sus males sociales capitalistas. Si bien despreciaron el campo, al mismo tiempo imaginaron un mundo sin la contradicción entre lo rural y lo urbano". Un enfoque para resolver esta paradoja provino del movimiento Desurbanista, y la figura intelectual de Mikhail Okhitovich. En su forma más irreductible, "el desurbanismo significó la redistribución no urbana de la población. Okhitovich conjuró "un mundo desestacionado", es decir, una tierra no sólo sin ciudades sino también sin capitales, sin "centro", esa palabra mágica que ... denotaba no sólo situación geográfica sino también concentración de poder, comunicación y cultura" (Stites 1989, 194).

Según Stites (1989, 195), Okhitovich buscó abolir la división "antinatural" (o social) entre la ciudad y el campo, así como la división entre capital y trabajo y entre hombres y mujeres. Ciertamente, la necesidad de superar tales divisiones era una expresión de la ley central del materialismo dialéctico en el conflicto, y eventual unidad, de los opuestos (Groys 2009, 33). Lo otro, en este caso, lo no urbano, no debe ser excluido. Por el contrario, para ser absorbido efectivamente, debe ser verdaderamente reconocido (Groys 1992, 96). Visualizando un nuevo mundo

sin la contradicción entre la ciudad y el campo, los desurbanistas no estaban tratando de cancelar la ciudad, sino que estaban tratando activamente de absorberla dentro de lo rural en un proceso mediante el cual la Unión Soviética finalmente lograría la actualización más completa de su propia autorrealización. En ese momento este objetivo no era alcanzable a través de los proyectos lineales de Nikolai Milyutin y su círculo, pero más adelante será posible gracias a la velocidad del avión, el cohete y el Sputnik.

Es cierto que el planeta ya no es lo que solía ser, al menos el que disfrutamos durante el Holoceno, pero este incesante proceso de transformación sólo se relaciona parcialmente con los cambios geofísicos/ambientales del objeto, es decir, el planeta, sino que (y sobre todo) se relaciona a los tamaños relativos fluctuantes de la Tierra debido a un sujeto cambiante, es decir, nosotros. El mundo se ha encogido junto con nuestra percepción de él. El mundo, por así decirlo, se ha vuelto más pequeño porque la tecnología ha ampliado nuestra percepción de él. En un tono bastante sombrío, Virilio (1997, 62) teme que si estar presente realmente significa estar ‘físicamente presente’, la proximidad de las telecomunicaciones interactivas “seguramente pronto nos verá encerrados, como lo estaremos, en un entorno geofísico reducido a menos que nada”. Como señaló Michael Degener, aquí Virilio se basa en la noción de miedo a una política estetizada de Walter Benjamin, pero la lleva más allá, para “mostrar cómo la política de la subjetividad, que ya no quiere, ya no puede mantener distinciones representacionales entre lo real, lo visual y lo virtual, desaparece en lo estético” (Degener 2002, ix-x). La oposición ciudad-campo se desvanece como resultado de nuestra subjetividad desplazada, donde la idea de un espacio real de tamaño natural de un mundo aún completo, “está ahora necesariamente cargada con la perspectiva relativista del tiempo: ese tiempo real de una instantaneidad que compensa la pérdida definitiva de las distancias geográficas” (Virilio 1997, 63).

Lo que Virilio lamenta como una pérdida puede describirse como móviles y cambiantes cancelaciones territoriales, para vastas áreas geográficas —urbanas o no— que escapan a nuestras vertiginosas experiencias subjetivas de comunicación instantánea. Paradójicamente, siguiendo a Debord, se quedan en blanco por un exceso de comunicación. El mundo sigue encogiéndose en nuestra percepción digital. No sólo la pérdida de distancia, sino también la pérdida de regiones que tendemos a pensar que conocemos porque caemos en la trampa representacional del globo terrestre. El mundo parece lleno en el mapeo de la Tierra, pero no es homogéneo en cuanto a tiempo, distancia y comunicación.

Dentro de los debates filosóficos y sociológicos actuales sobre la globalización, y a la luz del examen contemporáneo sobre el Antropoceno (concepto desconocido por Virilio y McHale), permanece el problema de la ciudad-mundo. En su *Facing*

Gaia: Eight Lectures on the New Climate Regime, Bruno Latour (2017, 130) desarrolla un capítulo sobre el “Antropoceno y la destrucción de (la imagen del) Globo”, dedicado a una pregunta que él cree válida tanto hoy como ayer: “¿Cómo se puede escapar de la carga excesiva del Globo? Él llama a esto “la maldición del Atlas”. Es decir, la maldición de creer en una totalidad que siempre está disponible como pura representación y cuyas percepciones cambiantes de tamaño y proporción pasan totalmente desapercibidas cuando se mira simplemente una esfera en una pantalla. La obsesión por tener siempre una imagen global que se deriva de “[...] la idea de una esfera que podría permitir a cualquiera pensar globalmente y cargar sobre sus hombros todo el peso del Globo — esa extraña obsesión occidental, que es la verdadera carga del hombre blanco” (Latour 2017, 122). Para decirlo en otros términos, concluirá Latour (2017, 136), “el que mira a la Tierra como un Globo, siempre se ve a sí mismo como un Dios”. Y parece que esta misma carga es en realidad lo que Virilio ha identificado como contaminación. Esa contaminación que, en aras de celebrar lo global, achica y destruye distancias y ambientes. Como si acudiera al rescate de Virilio, Latour explora la idea de destruir la imagen del Globo totalizador. Refiriéndose a las escenas finales de *Melancholia* (2007) de Lars von Trier, diría que “[...] podría no ser la Tierra la que es destruida en un destello final, sublime y apocalíptico por un planeta errante; podría ser nuestro Globo, lo global, nuestra noción ideal del Globo, lo que tiene que ser destruida, para que por fin pueda resurgir una obra de arte, una estética” (Latour 2017, 144). De esta manera, Latour está de hecho proponiendo un proyecto: el proyecto de dismantelar la imagen totalizante del mundo. La estética de Latour se basa en la “reaparición” de un mundo a partir de los restos de la destrucción del Globo totalizador, respondiendo ciertamente, como un antídoto muy necesario, a la conocida “estética de la desaparición” de Virilio. Para Latour (2017, 145), sólo una vez destruido el Globo, “tendremos suficiente espacio y tiempo para que la historia pueda comenzar de nuevo”. La pregunta que surge de inmediato, sin embargo, es si este proyecto será suficiente para conjurar la otra maldición de Virilio, la del efecto de la contaminación provocada por la velocidad en el oscurecimiento de regiones enteras.

En este contexto, tener en cuenta el campo (o lo rural, o lo agrícola o lo salvaje) puede no ser una solución directa para este enigma teórico, a menos que esto vaya acompañado de un proyecto que ralentice y devuelva nuestra vista desde el espacio exterior (la perspectiva de Dios), a un punto de vista desprovisto de una imagen totalizadora del planeta. En lugar de buscar nuevas formas de experimentación radical que están alterando paisajes en todo el mundo, el proyecto consistiría un problema más difícil: cambiar las perspectivas. Paradójicamente, la persistente distinción entre lo urbano y lo no urbano no pretende arrojar luz sobre tierras olvidadas, sino por el contrario, pretende transformar

todo el planeta en un proyecto. Este es el núcleo de algunos enfoques contemporáneos de las nociones de terraformación que, por interesantes que sean, a menudo desconocen el hecho de que el mundo ya ha sido terraformado por la velocidad.

John McHale tenía en mente otro tipo de proyecto, uno que tomaría la forma de rediseñar “los elementos actualmente caóticos de nuestro desarrollo, y nuestro sistema metabólico humano “exteriorizado”, en una serie de bucles ecológicos “cerrados” integrados gradualmente y aprovechando la ventaja simbiótica de los sistemas ambientales en general” (McHale 1970, 19). En su opinión, “Necesitamos conceptualizar nuestras instalaciones ambientales globales creadas por el hombre dentro de esquemas más completos y coherentes [...] Poco sentido tienen las relaciones ecológicas si consideramos el sistema industrial-económico de forma aislada. Necesitamos reevaluar nuestros sistemas industriales en términos de modelos que no se basen en nociones simplistas de producción/consumo” (McHale 1970, 232). Su comprensión nos recuerda que más allá de lo que en algún momento puede considerarse un debate ocioso sobre los límites de lo urbano, lo que importa es la forma en que enfoques tan diferentes de este problema terminan en la provisión de proyectos completamente diferentes para el planeta Tierra.

Debido a que la “ciudad-mundo” anula (e incorpora) el campo, para Paul Virilio el urbanismo será superado por una ecología gris. La consecuencia del fin de tal distinción no está en la negación del campo, sino en la reconceptualización de lo urbano como algo propio del ecosistema. De hecho, la idea de campo como algo distinto y separado es realmente una forma de evitar hablar de ecología, ecosistemas y medio ambiente. No olvidemos que el campo, entendido como lo agrícola o lo rural, no es natural. Quizás el problema no tenga solución inmediata. El problema en juego, el problema de diseño en cuestión, es realmente cómo volver a agrandar el planeta, al menos dentro de nuestras percepciones subjetivas. Lo que estaría en juego es un proceso en reversa. Cómo detener la contaminación de la velocidad para recuperar un camino más lento que haría que el mundo vuelva a ser grande de nuevo.

NOTAS

1- Ver: The Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) at <https://www.ipcc.ch>

BIBLIOGRAFÍA

Antarctic Glaciers. "Glaciers and Glaciation in Antarctica and Beyond. What is the global volume of land ice and how is it changing?". Disponible en: <https://www.antarcticglaciers.org/glaciers-and-climate/what-is-the-global-volume-of-land-ice-and-how-is-it-changing/>

Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO). "Land use in agriculture by the numbers". Disponible en: <https://www.fao.org/sustainability/news/detail/en/c/1274219/>

Groys, Boris. 2009. *The Communist Postscript*. Londres: Verso.

Groys, Boris. 1992. *The Total Art of Stalinism: Avant-Garde, Aesthetic Dictatorship, and Beyond*, trad. Charles Rouge. Princeton: Princeton University Press.

The Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC). Ver: <https://www.ipcc.ch>

International Industrial Development Center Study, Stanford Research Institute. 1961. *Science and the Future of Mankind*, ed. Hugo Boyko, World Academy of Art and Science, Vol. I. The Hague: Dr. W. Junk.

Latour, Bruno. 2017. *Facing Gaia: Eight Lectures on the New Climate Regime*, trad. Catherine Porter, Cambridge: Polity Press.

Liu, Zhifeng, Chunyang He, Yuyu Zhou y Jianguo Wu. 2014. "How much of the world's land has been urbanized, really? A hierarchical framework for avoiding confusion". *Landscape Ecology* 29: 763-771.

Marquet, Pablo; Francisco Bozinovic, Gay A. Bradshaw, Cintia Cornelius, Héctor González, Julio R. Gutiérrez, Ernst R. Hajek, Jorge A. Lagos, Francisco López Cortés, Lautaro Núñez, Eugenia F. Rosello, Calogero Santoro, Horacio Samaniego, Vivien G. Standen, Juan C. Torres Mura y Fabian M. Jaksic. 1998. "Los ecosistemas del desierto de Atacama y área andina adyacente en el norte de Chile". *Revista Chilena de Historia Natural*, no. 71: 593-617.

McHale, John. 1970. *The Ecological Context*. New York: George Braziller.

Stites, Richard. 1989. *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*. Oxford: Oxford University Press.

Virilio, Paul. 1997. *Open Sky*. Londres: Verso.